

Maniqueísmo: un desafío a la tolerancia

ANTONIO SANTIAGO BECERRA

I. Los prolegómenos

Es evidente que las concepciones maniqueas dificultan la transición mexicana: la manifiesta propensión a clasificar a los actores políticos en dos subconjuntos claramente diferenciados y opuestos, los "buenos" y los "malos", conduce a la adopción de actitudes prejuiciadas e irracionales que alimentan la intolerancia y socavan las bases de la convivencia social. La doctrina de Manes parece reflejarse, así, en la intrincada cultura política de los mexicanos.

El maniqueísmo no es, claro, un fenómeno exclusivo de México. Lo *sui generis* del caso es la forma en que las inclinaciones maniqueas impregnan zonas amplias del quehacer político nacional y se expresan en actitudes cotidianas de la ciudadanía y en la opinión pública.

El maniqueísmo no es, tampoco, un fenómeno nuevo en México. Basta una simple mirada retrospectiva para comprobarlo. El trasfondo histórico de la cultura maniquea tiene raíces en el pasado colonial y se extiende con nitidez a las épocas posteriores. Las concepciones dualistas pueden identificarse con facilidad en el devenir mexicano, y es válido afirmar incluso que han encontrado un entorno propicio en el mismo. Veamos.

H. La Historia

La conquista requirió ser legitimada históricamente apelando a visiones sin duda maniqueas, aun cuando en este caso el concepto de "malo" fue sustituido (del lado español) por los de bárbaro, salvaje, idólatra, etcétera, para calificar a los indígenas. El fondo era lo mismo: se buscaba la legitimación en el contexto de una hipotética lucha entre el bien y el mal. Debe decirse, no obstante, que la visión del pueblo vencedor no fue unidimensional: entre las peroratas antiindigenistas de pensadores como Juan Ginés de Sepúlveda y la humanitaria defensa de los indios hecha por frailes como Bartolomé de las Casas, hay de por medio una amplia brecha conceptual sobre el trato que merecían los vencidos. Pero en la vertiente ideológica central predominó el afán de destacar los rasgos criticables del estilo de vida prehispánico para justificar su ruptura. En esta vertiente los buenos fueron, desde luego, los conquistadores.

Los trescientos años de la colonia se fueron acumulando pesadamente sobre la cada vez más delgada y languideciente cultura autóctona. Pero la extensa vida de la Nueva España pagó su cuota de juicios sesgados y vituperios rencorosos: En la cultura de la independencia afloró un denso desprecio hacia el pasado novohispano; nada se consideró rescatable de esa "noche de piedra del Virreinato", como la bautizó en tiempos recientes el poeta José Emilio Pacheco. La tradición española fue rechazada a rajatabla, culpándola de todos los males y rezagos políticos, económicos y sociales que el país recién surgido padecía. La legitimidad del México independiente habría de levantarse sobre el descrédito

del régimen colonial, y de los "malos" que lo conformaron. La realidad colonial, caracterizada por el sojuzgamiento y la cerrazón, resultaba por demás propicia para gestar reacciones de negación absoluta.

La guerra de Independencia también se convirtió en objeto de una aguda polémica, detrás de la cual alentaba con fuerza el conflicto político en torno al futuro de la naciente República. De hecho, la parcialidad en los juicios a favor y en contra de la lucha insurgente expresa y deriva de la intensa polémica que se libró entre las élites nacionales del siglo XIX. El historiador Arturo Arnaiz y Freg resumió esta situación al referirse a la solitaria actitud asumida por José María Luis Mora respecto al movimiento independentista, señalando que "de los mexicanos de su siglo (Mora) es quizás el único que en este juicio histórico acertó a encontrar el justo medio: la revolución que estalló en septiembre de 1810 — decía Mora— ha sido tan necesaria para la consecución de la Independencia, como perniciosa y destructora para el país".

Si las visiones sobre la colonia y la independencia tuvieron como pecado original un acendrado maniqueísmo, el enfrentamiento ideológico entre conservadores y liberales en la segunda mitad del siglo XIX suscitó una situación al menos similar. De nuevo la política marcó con su impronta a la interpretación historiográfica. En efecto, el enfoque maniqueo se agudizó en esta ocasión bajo el influjo de un escenario trepidante por el choque de visiones polarizadas sobre el rumbo de la nación en ciernes. Los protagonistas de tal periodo histórico fueron divididos en dos campos opuestos e irreductibles: el de los héroes imolutos y el de los villanos integrales. Con la novedad de que en este episodio tanto los "malos" como los "buenos" eran mexicanos.

Muchos años después, el maniqueísmo se concentraría en torno al personaje más prominente de la generación militar del liberalismo: Porfirio Díaz. Los precursores y cronistas de la Revolución, activamente comprometidos con el movimiento de renovación política y social, lo convirtieron en el villano mayor de la historia de México. La ominosa realidad enjuiciada servía, desde luego, como base justificatoria de esta tendencia que, sin embargo, adquirió su propia dinámica y contribuyó de esa manera a entronizar en la cultura política las visiones dualistas.

Entender esto último es crucial para ubicar las tendencias maniqueas en su justa dimensión. Maniqueísmo no es sinónimo de manipulación. Una visión maniqueísta puede estar cercana o distante, en grado variable, de la realidad a que se refiere. Su característica esencial es la concepción del mundo como escenario de la lucha entre el bien y el mal. Sólo que en ese discurrir entre conceptos opuestos tiende a generarse una inercia de irreflexión enemiga de la objetividad, la medida y la tolerancia. Este es el problema que nos ocupa, referido al ámbito de las actitudes en el campo político.

111. La cultura política

La cultura política que la historia y su interpretación han contribuido a conformar en México —bajo el influjo, no pocas veces, de contenidos e imperativos políticos— revela cotidianamente una marcada propensión al maniqueísmo. La concepción maniquea del mundo político forma parte medular del imaginario colectivo de los mexicanos e influye visiblemente en sus sentimientos, creencias y actitudes respecto a los asuntos de interés público.

De acuerdo con esta concepción, los protagonistas de la vida pública suelen ser divididos en dos subconjuntos opuestos: el de los absolutamente "buenos" y el de los absolutamente

"malos", al estilo de los personajes de la llamada historia de bronce, al estilo también de los guiones de cine y de telenovela. En este tipo de percepciones, la "bondad" y la "maldad" dependen de las perspectivas particulares (políticas, religiosas, étnicas, etcétera) de quienes clasifican y califican a los hechos y a sus protagonistas.

El resultado de esta situación es lo que Alfonso Reyes definió como "... el ofuscamiento de la evidencia en la historia", sólo que transferido a la vida cotidiana. Este ofuscamiento imposibilita la formulación de juicios objetivos, y hace aparecer incluso como indeseable cualquier esfuerzo por actuar con un mínimo de imparcialidad: al "bueno" siempre hay que darle la razón porque actúa, por definición, de buena fe; al "malo" no puede concedérsele siquiera el "beneficio de la duda" porque ello implicaría tolerar la mala intención.

De esta manera, el criterio maniqueo se afianza en los terrenos de la ética, y al hacerlo se rigidiza: puesto que es inmoral condescender con los "malos" y también lo es desaprobando el comportamiento de los "buenos", para las "buenas conciencias" no queda más opción que el repudio indiscriminado a la actuación de los primeros y la solidaridad a ultranza con los segundos. No es difícil constatar esta prejuiciada toma de posiciones en el flujo cotidiano de la opinión pública.

No es difícil tampoco detectar tergiversaciones frecuentes de los hechos. Bajo el impulso de una cultura política maniqueísta, suele considerarse válido cualquier recurso que permita desacreditar a los "malos" y apoyar a los "buenos". Se practica entonces un reduccionismo moral con fines utilitarios: lo "ético" es apoyar siempre a los "buenos" aunque ello implique calumniar a los "malos". En estas actitudes subyace la convicción de que en el escenario político se enfrentan esencialmente la buena y la mala fe, no posiciones divergentes que pueden dirimirse por las vías del diálogo y la tolerancia.

El resultado es la entronización del desprecio y la rigidez como premisas para enjuiciar a los "otros", a los que actúan con "perversidad" sistemática. Ello contribuye a sobrecargar el escenario político de tensiones que dificultan la necesaria comunicación entre sus protagonistas y generan actitudes intolerantes. Descargar esa atmósfera ideológica constituye, entonces, uno de los retos centrales de la evolución política mexicana; su complejidad requiere de una estrategia en la que participen los "tirios" y los "troyanos" de todos los ámbitos. El maniqueísmo no es exclusivo de grupos específicos; antes bien, da la impresión de distribuirse equitativamente.

Si bien la cultura política mexicana, como todas, es el resultado de un proceso histórico, y en tal virtud las actitudes que genera muestran una explicable resistencia al cambio, en las circunstancias actuales resulta crucial desarrollar un intenso esfuerzo colectivo para modificar la visión maniquea que provoca ofuscación y tensiones inconvenientes e incluso francamente riesgosas.

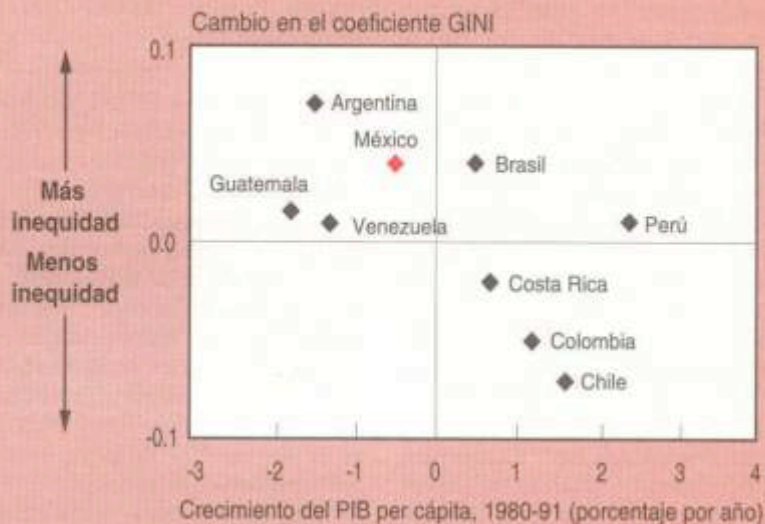
Debe insistirse en este esfuerzo como parte de una tarea más amplia, tan ambiciosa como impostergable: la de afirmar un orden político incluyente que, al mismo tiempo que consolide y regule la pluralidad, fomente la integración social y propicie un sentido de comunidad, sustentado en la percepción de dicho orden político como un *orden de todos*.

Director Ejecutivo de Capacitación Electoral y Educación Cívica del Instituto Federal Electoral.

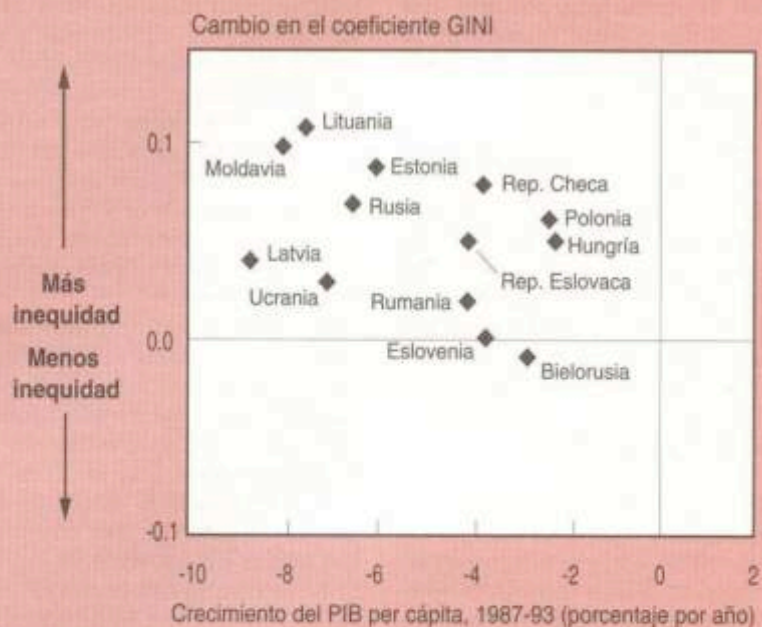
*Inequidad en el ingreso y crecimiento económico
en Latinoamérica y los países de antiguas economías
de planeación centralizada*

INEQUIDAD EN EL INGRESO Y CRECIMIENTO ECONOMICO EN LATINOAMERICA Y LOS PAISES DE ANTIGUAS ECONOMIAS DE PLANEACION CENTRALIZADA

Latinoamérica



Economía anteriormente de planeación centralizada



Los datos sobre Latinoamérica provienen de Psacharopoulos y otros (1993); otros datos de Milanovic (1994)

Fuente: Informe sobre el desarrollo mundial 1995

El mundo del trabajo en una economía integrada

Datos proporcionados por el Centro de Información de Naciones Unidas en México

